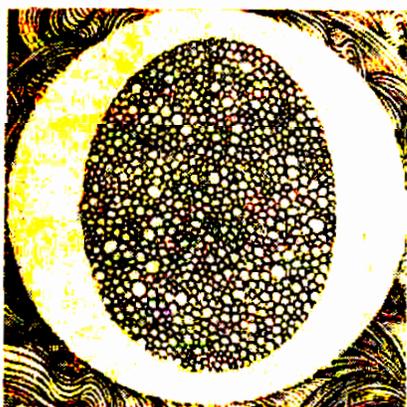


madurez, alteraría el ritmo de sus pasos, justificaría, en fin, sus presencias, aquella masa movediza de sus presencias desde donde el sol parecía crecer como una polvareda, fijarlos en la lejanía, iluminarlos apagarlos iluminarlos apagarlos sin densidad como espejismos... El sabía él sabía que un día, cuando los tiempos cambiaran, en otro tiempo que debería existir, un día un día... inexorablemente, por un proceso biológico corroborado por tantas otras experiencias, entonces aquellas pesadas presencias habrían desaparecido y vendrían a acosarle duramente, pacientemente, en otra nueva presencia, con una sequedad, con una precisión, con un atosigamiento que ya, desde ahora, éso éso... desde ahora mismo tenía que comenzar a impedirla...

Y se quedó mirando la botella, el objeto más próximo, imaginando su disección, tratando de comprender por qué colgaban de su exterior imágenes y colores, por qué se habían producido aquellos surecos en su etiqueta simulando relieves, distancias, conciliaciones sagaces de la forma y el contenido... Comenzaba a amar su peso sin tocarla y se sentía incapaz de cambiarla de sitio.



¿Y MUJICA?

(FRAGMENTO DE NOVELA)

CESAR CHIRINOS

A pesar de todo, esta violencia no está impregnada de odio, sino de amor; se trata de un amor brutal como la violencia misma, porque no es un amor de complacencia o de contemplación, sino un amor de acción, de transformación.

Glauber Rocha

Walter le dijo al hombre que aquél era su nombre y el otro, detrás del escritorio, refunfuñó para preguntar si

Walter no sabía de un picher, en 1950, a los 19 años, etcétera... El visitante contestó que no tenía tal interés y que debía llevar en toda su humanidad un "taruguito". El hombre replicó que la respuesta despectiva le correspondía y para qué llenarse con hombres Dimas, Walter, Dionisio, etcétera. El que llegó preguntó por qué correspondía a él, un funcionario al servicio... ser peyorativo con un público: siempre se paga y si se falla, a uno se le encierra o se le conmina a pagar multas que no se justifican desde ningún punto de vista. El oficial le recomendó ver su revólver. El visitante le contestó que no le temía pero sí a quienes los portaban. "Usted me llamó taruguito, es falta de respeto". El recién venido se excusó con aquello de que los funcionarios en Venezuela sufren por el azucaramiento de un pasado feliz y había soltado su taruguito porque se lo parecía y como recompensa: los compañeros de tin lo estimaban y no consentirían entre ellos apodo desentendedor. El otro mascullo debatirse en soberbia. "¿Sabe lo que es? anda mal usted; es su hígado, que se lo digo yo, créamelo". "¿Por qué tiene que ser como usted dice? ¡Dígamelo! ¿Me obliga con su nombre?". Walter expresó conocerlo aunque no diera las muestras: sabía por dónde se iba, lo frecuentado, el nombre: Rolando Arguello. "Soy oficial, ¿entiende eso? y desde Betancourt..." Walter se envalentonó diciéndole o preguntándole lo que quería decir... "¿Yo? Sólo cumplo mi deber". "¿Sabe usted del señor Mujica?". Rolando Arguello lo interrogó para indagar de quién se hablaba. "Es mi hermano, ¿no lo sabía?, sí". Uno leyó la lista de los que tenía bajo su custodia y el otro imitó. Argüello le preguntó si aún tenía las dudas. Walter profirió para sí. "¿Por qué?". Walter no dijo ni lo uno ni lo otro. Rolando Argüello: que había conocido locos... Walter mascullo si a aquella policía llegaban locos así. El oficial apuntó un sí y muchísimos. Walter lo interrogó por el número de cuerpos policiales y el otro cantó no saberlo. Rolando Argüello bostezó y en esto soltó que se marchara pues tenía en mente un periódico, la llamada de las diez y cinco y lo estaba molestando imprudente. Walter murmuró entre dientes algunas frases ininteligibles. "¿Queeeee?". "¿Yo? nada". Rolando Argüello oyó: "¿por qué se gritan, pelean?". "No soy el que llegó peleando; yo estaba aquí detective". "¿Ese atrevido! ¿lo conoce?". Rolando Arrgüello repuso que se trataba del comprador de café, los desayunos, el niño-utilidad. "Es despierto el muchacho, muy simpático y es de fiar: ¿quiere más? Walter argumentó no pensar igual: ese muchacho había abusado de todo cuanto se había tirado para entrometerse en la conversación de dos hombres; ¿sabía él, acaso, de qué se trataba? No. Se desvirtúa la formación juvenil. ¿Que es avisgado, sea. ¿Pero la fogocidad, la lucha y la rebeldía? ¿Ocupadas en la banal burla pueblerina? Rolando Argüello mascullo,

entonces, que quién era para dar tales consejos a quien se conocía y estaba para ser del porvenir. Walter preguntó su nombre y el otro no lo conocía. Walter se expresó que era extraña su respuesta atribuyéndosela al mal del hígado del que le había hablado antes y no a que ignorara el nombre del muchacho. El entrometido dio su razón a medias. “¿Por qué dices semejante locura, muchacho del carajo?”. “Sí. No lo tengo; sépalo, señor”. Rolando Argüello habló en el hueco del teléfono y dijo que se lo llevara con Buenaventura. Walter manifestó que si se refería a él que se apresuraran pues necesitaba a ese hermano y todo aquel mundo nuevo. El muchacho alegó que no estaba muy seguro que un viejo que pedía limosna en la puerta de la catedral, que arrastraba vendas con mercurio, que vivía oscuro y así viviendo no hacía sino gemir, pudiera saber de los presos. Walter preguntó dónde estaba ese Buenaventura y si lo podía conducir con el tal mendigo: quería conversar acerca del “asunto” que lo había llevado a la pelea; ¿no es éste el nombre del policía que no se dio por entero contra el ciudadano que no lo entendió sino a medias? Uno y otro se rogaron y Walter terminó recomendándole el inmancable colectivo. “Son quince minutos, nada más, vamos hablando”. “Manos a la obra, ¿te parece bien?”. “Estoy listo”. “¿Por qué tus padres no se han molestado y estás así...?”. Aquél rogó que lo dejara de ese tamaño: “ellos eran muy buenos” y se habían cuidado de que siempre anduviera en la calle ganando los hombres de ese lado y un vivir. “Si ellos no son culpables, ¿quién, entonces? ¡vamos, dí!”. El muchacho prorrumpió que el tiempo y otras cosas más. “Te oí el tiempo ¿verdad?”. El muchacho aclarando: cuando se ve de cerca, muy de frente el ocaso del mundo que se conoce como única cosa en la ciudad ¿no se echa a un hijo a rodar por ahí?; durmió con una viejita que se creía muy sola y con el derecho absoluto de domesticarlo y poseerlo una vez que los padres lo dejaron a merced de lo que viniera; después fue cosa de aceptar la cama bajo los puentes y esta cama presente y mullida: nada de comodidad pero segura y lejos de la del puente. Walter le preguntó si quería un nombre, los tenía como para él, y el otro, a su vez, preguntó por unos buenos nombres. “Son incontables, pero el que más encaja con tu desenvoltura — y no es que tus ademanes y las cosas tuyas no merezcan nombre — es el de Douglas”. “¿Douglas?”. Walter lo instó a que caminara a su lado y en el transecurso encontrarían pasar a otro para el caso que lo rechazara una fuerza posiblemente del instinto. “No. Es bastante y estoy contento con Douglas”. “Eso está muy bien. ¿Por dónde vamos?”. Douglas exigióle que tomaran la acera de la pared azul. “¿Sabes que antes era blanca?”. “¿Cómo lo sabe?”. “Es éste el hospital, ¿verdad?”. El muchacho movió la cabeza y el hombre oyó afirmativamente.

Walter explicó, entonces, que ahí, continuamente, hace de eso ocho meses, aproximadamente, se daban películas, hasta que prometieron una sobre Vietnam. Douglas inquirió si era ese el de la guerra. El hombre repuso estar deseneantado con todos los hombres y preguntó a Douglas por qué tantos niños muertos y aldeas destruidas. Douglas dijo que si había alguien en todo el mundo preguntándose, ese no era otro que aquel muchacho que tenía en el frente y ahora se llamaba Douglas. “¿No averiguarás por qué cortaron las películas de la pared blanca?”. El muchacho manifestó no tener ese interés: lo suponía y si seguían ellas, él no las vería; ¡habían sido tantas iguales y tantos días! “¿Crees que se me ha podido olvidar? No sé a qué atribuírselo; y no es conmigo solamente que pasa eso”. “Puede que yo la conozca. ¿Cómo se llama?”. “¿Título? No sé; lo que sí sé es que habían unas avispas gigantes que clavaban sus agujones en espaldas rubias y pecosas; sí, lo recuerdo bien; no sé por qué no picaban en todas las espaldas, ¿puedes decírmelo tú?”. “Se parece a la del joven que fabricó el arma, pero no creo que esa la haya visto; me ha divertido con sus avispas; la mía también acabó con un pelotón de hombres rubios”. “. . . te digo que me reí mucho; es que es divertida, ¿sabes? No me la perdería por nada”. “¿Qué hacemos, señor Walter? démela”. “Vas a ver cómo nos encargamos para que quedes complacido”. “¿Le gustará usted a Buenaventura como a mí me gusta? Ocho bolívares; no más; se lo digo en serio; el jueves. . . sí, eso, más o menos. Aunque le digo que no deja de mandarse sus jugosos días; lo envidio. ¡Y yo que limpio, les vende periódicos y arepas a los estudiantes, pido, robo, de todo! No. El tiene suerte, yo lo llamo suerte. Puedo decir que él me enseñó todo lo que sé, y yo a él, señor Walter; sólo que los periódicos le dan sueño y los zapatos. . . ¡les deja unos manchones!”. Walter se preguntaba por qué el oficial lo enviaba con un mendigo. “Sí. Es uno de los espías enchufados. Pero. . . ¿de aquí? Seguramente nos lo devolverán. . . ¿y el precio? No pagaré. Es una posibilidad; ¿una? El muchacho exclamó que si no estaba el mendigo Buenaventura donde lo suponía, lo esperarían; que si el otro captaba un anciano así o asá, arrimándose o rascándose con las paredes, como evadiendo al padre Leopoldo (que ¿quién es el padre Leopoldo?; no había que describirlo: el cura de la catedral para esta y otras situaciones); como comiéndose las uñas, como acercándose al cepillo, no al cepillo no, al sencillito, de todas las iglesias y cepillos; como tratando de hacerse ver por el padre como un pordiosero que también puede y debe exhortar a los feligreses a soltar y amar a Dios así de ese tamaño. “No es nada extraordinario para tu abuelo, Douglas, y para el padre Leopoldo. . . ¿por qué se interpone? Como que vamos a esperarlo”. “Lo sé. Ahorita viene. Ya

verá". "No sé por qué se me antoja que éste no es ningún mendigo". "Si él no es el pobre viejo que yo conozco y si lo que este señor sospecha, estoy de mala. ¡Tener que ser yo el que lo haga! ¿Así es delatar? A mí me suena... ¡Quién me manda a meterme con la policía! ¿Y yo qué dije, pues? Si dije. ¿Quién será? Uno de los buenos, sí; me cae bien. No es feo Douglas, ¡pero si hasta me suena! Ojalá Buenaventura oyera el nombre de su amigo". "Estás seguro, Douglas, que vendrá?". "Ya está aquí, señor Walter". "Ahora explícame una cosa que no entiendo, por qué has hecho esperar tanto tiempo para decírmelo?". "Creí que era conocido suyo". "¿Cuál es?". Douglas emitió unos sonidos para reconocerlo. "¡Pero es que hay tres!". "El más lampiño". "Llévame hacia ellos". Douglas lo invitó a que esperaran a que Buenaventura se deshaciera de los otros dos viejos. "¿Quiénes son?". "Preguntan a Buenaventura por la "situación". Walter se rió y dijo molestarse mucho cuando las personas respondían con evasivas. Douglas manifestó que no debía ponerse así y que si Buenaventura era lo que todo el mundo suponía, él, Walter, debía captar, inmediatamente, quiénes eran los que lo acompañaban y qué tanto se secreteaban. Por último hizo un uf acomodado. "¿Por qué el uf, si en Maracaibo, en tales casos... eres extranjero?". Douglas repuso que no y lo hacía porque las dos letricas y la boca y el sonido de los dos hombres que la pronunciaban, estaban ahí en su cabeza, mas si no encerraban lo que él se imaginaba, las desecharía, pues nada quería a precio tan innoble. Walter lo obligó a que le mostrara los hombres en cuestión. Ahí no estaban, otro día sería, uno de los muchos que vivirían: las necesidades los juntarían y en el hotel Bolon. Walter maseulló tener muchas ganas de lanzar una expresión como esa o una grosería de las tantas que se sabía. "¡Vamos, señor Walter! ¿Tiene pena de mí?". "Tú lo has dicho, no hay pena que valga; porque tú de aquí para allá, hoy una esquina, mañana una cañada, mercados, iglesias, bares... ¿o no?". "No soy ese vulgar". "No dije que lo fueras. Olvida. ¿Hablamos con el viejo?". "Sí. Aquí viene. ¿Quiere que se lo presente o no le gusta...?". "Debes irte ahora, abandóname, es preciso, te comprometerías y... Te estoy enteramente agradecido. Cuenta con la película ¿eh? Acuérdate. Hay que limpiar, ¿verdad? ¿no? Bueno. ¿No irás a perder lo que pides y robas? Vete. ¿Puedes darme alguna dirección para el caso de que necesite...?". Douglas se despidió. No era para preocuparse: uno y otro, y en menos de lo que se imaginaban, se verían las caras. Hasta luego y hasta luego. "Sí. Tenía razón Argüello; muy, pero muy capaz para las situaciones; es más, oficial Argüello, no tiene alteraciones altisonantes, créame, es un experto quien le habla. Y como que si le gustó el nombrecito".

Walter empezó como había entrado en el despacho del oficial Argüello. "Todos los hombres cuando quieren hablar se presentan dando las manos que ¡quién sabe dónde las tenían metidas! ¿es que firmamos para no agredirnos? No me gusta". Walter refutó que no era costumbre sino el ir tanteando, el ir buscando la cosa, metiéndose abusivamente. El Buenaventura le preguntó si sospechaba... si creía que un hombre que pide limosna a las puertas de la iglesia... ¿y si la ciudad se mueve delante de su cobertura visual? ¿y si a él, los hechos que no busca, se le suceden, uno tras otro, delante de sus ojos opacos y la curiosidad excesiva? ¿y si sólo sabe de todos ellos y los libres por las voces que van de una a otra cabeza, queriendo entregar este o aquel testigo que estorba, que quema las manos? ¿y si exagera la excesiva un poco torpe y aquel, más malicioso que oficial, miente para sacudirse al individuo indeseable e inoportuno o para burlarse del hombre que nunca entendería los métodos rígidos de la policía asimismo rígida? Walter expresó que siendo sólo así, un Rolando Argüello, del otro lado, adeudaba su explicación, ¡sí, señor! la pediría. Buenaventura: ¿creía el otro en él como autoridad? Sí. Pero si estaba disfrazado. Buenaventura dijo no estar retirado de ahí pero espía no era a ese precio ni mucho menos; había oído rumores de detenidos que por no tener dolientes ni familiares los tenían en policías no declaradas, cuerpos subterráneos. "Los conozco, y no sólo yo: el muchacho que se marchó"; que Walter duraría hasta ese día tan sólo, lo sabía. "¿Por qué dice tamaña ridiculez? ¿Es en serio?". "Sencillamente porque no se sabe sino que tenemos hambre, que necesitamos de un pedazo de pan, de una sobra de arroz, de un real o de un centavo". ¡Caramba, le iba a ignorar a los mendigos! Walter se preguntó si era posible todo aquello y si todo aquello era el mundo que mejor dominaba la mendicidad. Buenaventura lo interrogó. El otro estaba confundido. "Esos cuarteles-mazmorras sustituyen en muchos aspectos las torturas, y a nadie le importa su autorización o no"; que a los que les importaba, que están limpios de cárcel por una época, se les tiene al día con una ración renovada de presos; ¿que no? Entonces por qué el que está con el impuesto al día, la luz, el agua, etcétera, no exige más, más, mucho más a su posición privilegiada? Aquí, en su casa, se lo dicen a los padres; ¡y hablan de sus negocios y la prosperidad! ¡Solitarios viajeros a la iglesia y las esposas, solas naturalmente, al té canasta! Su interlocutor preguntó si no le estaba mintiendo. Buenaventura: ¿y para qué? ¿es que habían, aparte de él, otros comprometidos con su mentira llana? Walter le rogó que se lo repitiera porque desde siempre él oyó, donde iban "buenos resultados", la tortura y que obligaban a los así tratados, una vez libres, a decir: "no ha sucedido nada" o "la tortura

es mejor que la ley de fuga". Buenaventura barbotó que si tanto sabía a qué molestar... nadie lo había llamado allí, además, ¡al diablo con los detenidos! ¡que se pudran! Walter profirió ser un hombre tan sólo en busca de aquel cuerpo policial y el viejo le manifestó no saber cuántos habían ni qué hacían y mucho menos dónde se encontraban. "Pero usted sabe de un preso llamado Mujica. Lo aprehendieron en Bobures. Quería cerrar la ciudad". "Señor... me está mandando lo asombroso y en tantos años no he oído hablar a hombres de cosas así, se lo juro. ¡Tamaño alboroto el que se prendería!". Que tuviera por seguro que no sólo recibía las descargas sino que estaba de inquilino, y por largos años, en el cuartel X del que venían hablando. "¿Duilio fue como llamó al muchacho?". "Douglas". "¿No le dijo si vendría...? No. No se lo dijo. Como le huye al pichón y a la pepsi". Walter contestó no saber nada pero sí quería invitarlo con un recado...

Walter se planteó el dar un paso atrás: revisó la década del 50 tratando de unir cabos a un punto de apoyo: se dijo que éste podía ser un agente secreto, un amigo suyo y de aquél o una casa como la que cobija al amigo del agente. "Esa casa es desde ya mi tribunal más benevolente; compartiré su condescendencia; te oyes, Walter, porque el que un día conociste no iba allí precisamente a pillar juventud en vírgenes muchachas, sino a descargarse, a romperse la cabeza echándolo todo afuera, como el que está cogido por una necesidad biológica y no ve por dónde orinar, etcétera. A él lo obligan a callarse o lo empujan a que se descubra, pues con la prueba de ver hacer, de hacer, le entran vértigos, escucha una voz que le susurra: coge tus instrumentos de rutina, el paltó, el revólver, las esposas, y échate a la calle. Pero él conoce la voz: le quiere decir exactamente que trabaje con lo que ve hacer, con lo que hace y con lo que no debe permitir que hagan". Sonrió. "Conozco tres hoteles... ¡qué hoteles van a ser! ¡tres puterías! Por la caída del sol (mi fiel estilete) sé la hora y me imagino que aún los ocupa la nación. Mal he leído; no es la hora; aunque parece ser que hoy se ha retardado la noche y es ésta una ciudad que se reporta tarde. Sea lo que sea y pase lo que pase, los buscaré"; que era en los bares donde regularmente calientan sus motores con triviales juegos de rummy y dominó. "Este es el Kelloggs, ¿qué otro podría ser?". No le convenía; "¿por lo caro? ¿para mí o para ellos? claro; ¿acaso Kelloggs me aguarda? ¿Quieres saber una cosa, Walter? Yo entro y me la tomo. El mundo de adentro también es significativo"; que tendrían importancia sus palabras y no el que abre, muy quieto y se sienta. "¡Y me miran! Soy aquel que dijo: me da la gana. Kelloggs pregunta y sirve". El aludido dijo ser el otro y estaba a la orden siempre. Walter preguntó por el precio y el otro

le recomendó irse a beber a otro lugar. Walter lo interrogó para saber cómo se llamaba y para saberlo todo: por qué la descortesía. El mesero dijo ser Botero. Le pidió, entonces, el visitante, arbitrariamente, una respuesta a lo que le había preguntado. Botero musitó estar preparado para complacerlo, era un cliente. "¡Dilo, pues!". Profirió aquél que un hombre preguntando precios... regla del negocio. "No se emborracha. ¿En otro sitio sí? ¡Y me persiguen porquerías! ¿por qué?". Botero le rogó que se la tomara, era suya sin habérsela servido, todita, que no se la pagara y que se marchara, por favor, tan pronto como le fuera posible, porque el dueño Kelloggs que no tardaba... Walter consideró con frases entre los dientes, que no tardaría en dar con los policías; pero ahora, deliberadamente, se quedaría para decirle cuatro verdades al musíu. "Espera, espero un momento, Botero; no te sucederá absolutamente nada con tu patrón; yo tengo más dinero, más del que te imaginas, sólo que te pregunté porque llevo poco menudo, ¡qué escaso está el sencillo ahora!, y casi siempre es aquí donde no tienen para un vuelto elevado, de cien, por ejemplo, ¡y dígame si son dólares! ¿entiendes ahora?". "Me convenció, señor. ¿Más?". "Estamos bien. Estamos bien y esperaremos a que el señor venga". Botero inquirió si gustaba una... Walter sonrió para indicarle que sospechaba que le ofrecía la pieza con faldas negociables. "¿Es que aquí hay...?". Botero dijo tener todo en su punto y para los buenos clientes. "¡Qué ilusos son estos meseros!" Walter se cerró la boca con los dedos. "¿A qué hora viene el señor Kelloggs?". Botero respondió que si eran las siete, más de una hora faltaría a lo sumo. "Mucho tiempo, ya me pasó además... lo dejaré, es otro día tu pelea". "¿Lo esperará?". "Walter se marchó para el señor Kelloggs, muy lejos: eso es: dile que me cansé de esperar; ¡pero que no se te olvide!; gracias, Botero". "Se lo diré, señor Walter, descuide". Walter pensó averiguar más con Botero y le preguntó si conocía al hotel Camerón. "Si es donde descubrieron la marihuana... sí, sí es. Walter dibujó un sí de cabeza y el mesero expresó conocerlo y muy a la perfección: tres cuadras subiendo, doblando hacia los carros de italianos fritangueros, dentro de una manzana de casas con pinos y robles. Walter preguntó por los clientes de allá y Botero respondió conocer tenientes del ejército, policías civiles, banqueros, comerciantes y toda gente de bien; dijo, inclusive, que él había asistido al banquete que le dieron al padre Boulton por las bodas de plata sacerdotales: no llegó como invitado, no, sirvió y bebió mucho champaña, pues había de sobra y él y los demás invitados sirvientes se habían emborrachado. Walter le pidió que le repitiera el nombre del sacerdote y el otro lo exclamó y que era del centro. Walter inquirió para saber si era hora de llegar y Botero hizo señas con el dedo que

no. El hombre que buscaba el detenido le increpó acerca de la profusión de policías allá, y como el otro respondiera con una sonrisa maliciosa de gallina, Wolter le espetó si sospechaba que detrás de la marihuana... Botero murmuró no haber dicho tal y el visitante lo instó a no asustarse. Botero dijo no asustarse con los que le respetaban y trataban bien cuando él los servía mejor y hasta sin cobrarles; claro está, sus secretos los sabía por la indiscreción, el fruto abundante del poco cuidado en un ambiente que no conoce al que es de fiar. "Me parece, que éste, hombre inútil y servil, lo sabe...". "¿Qué te parece si me destapas otra?". "Estaba por marcharse, señor Walter". "Es la verdad, pero en vista del atraso del hotel Cameron... como tú mismo has dicho...". Botero señaló con el dedo uno de los afiches de las paredes y Walter cedió diciendo que si eran como aquella... "Entonces, ¿le digo que venga?". "Dile. ¿Cómo se llama?". Botero escribió sobre la mesa con agua y Walter leyó Monona. "¿Es extranjera, Botero?". "Es hija de padres extranjeros, japoneses, pero nació en Quebrada del Falluto". Walter expresó no conocerla ni haber oído hablar de ella y el mesero le contestó que quedaba al otro lado del lago, pero que no se conocía por no tener, desde su fundación, más que cuatro casas. "¿Conoce Monona el hotel Cameron?". "Y a los policías que usted busca. ¿Por qué habla tanto de policías? ¿Es usted detective?". Walter explicó su parecido con uno hablando de siglos atrás: comenzó con la Gestapo, de la que dijo que la habían hecho criminales de cuerpo entero y no teólogos de guerra; luego saltó a un lado opuesto: Mahoma, Buda, Gandhi, Cristo y Lumumba, eran maquinarias represivas en favor de la paz, depósitos a punto de estallar y vomitar lava, rocas ígneas, fuego, porque querían una paz sin guerra y no una guerra con paz: había que hacer de una la otra y es imposible una sin la otra. Ahí estaba la inquisición, las guerras santas, los suicidas franceses, los bolcheviques rusos, la fraternidad universal norteamericana. ¿No es esto, acaso, el sistema del asimilado en la dominación europea en el Africa? Esclavizar para poder tener paz con ellos. Hacerles la guerra del dominio, para brindarles la paz de servirlos. De nuevo en el principio y recaló que no sólo la Gestapo, sino el F.B.I. y el C.I.A. constituían cuerpos de paz para fomentar la insurrección. Que la guerra no la hacen los políticos ni los militares ni las desavenencias internacionales: la hacen los cuerpos policiales no nacionales sino universales, no contando con espías sino con diplomáticos con carnet de élites; que él, Walter, un hombre a quien le ha causado mucha curiosidad el origen del boxeo, las peleas de gallos, la lucha cuerpo a cuerpo, las carreras de caballos, y quien hacía muchos años había leído libros sobre Al Capone y la mafia siciliana, el mercado negro en Chicago y otros negocios "legales", creía que

las policías no son otra cosa que el resultado del gozo de un hombre ganando reflejado en el pesimismo detestable de otro perdiendo en la época victoriana; y que los cuerpos represivos conocen más de reglas de boxeo y apuestas de caballos que ética del tratamiento individual. Botero lo interrumpió para ignorar la historia. "No hace falta para darnos cuenta que el día de ayer está proporcionado al de anteayer, ¿no es así? A usted, señorita Monona, no le parece que yo soy el cliente que le pagó bien, que la invitó a comer sesos en salsa, que le ofreció unos zarcillos, traje de noche, que no los obsequió, que se transformó en patatín-patatán, pero que sin embargo, le pagó lo suyo por los servicios y usted a cambio y pese a encontrarlo agradable y lozano, duro de costillas y aseado de cutis, proclamó, para todos, con ellos y en voz baja, que le salía un olor como a chinche?". Que si él mismo, Botero, muchas veces y la señorita, no sabían de la rabia que a todos nos da por haberse dejado pillar, clavar cuando se estaba de su lado y de acuerdo con que se castigara a los poderosos que pisotean a los humildes; "¿verdad o mentira, señorita Monona?". "Tráeme un brandy y fuerte, Botero". Walter le preguntó si no gustaba de la cerveza y ella que prefería el licor quemante en la garganta y en las entrañas. "Botero, ¿por qué no se oye la música?". "Usted me dice lo que le gustaría...". "¿Tienes aquella que dice... dice... coño, ¡cómo es que dice...! bueno, mambrúsefuealaguerra, entonces. ¿Qué le parece, Monona?". "¿A mí? nada, pero lo oigo todo, así que adelante que esto me enloquece, ¿importa?". "¿Por qué no dices nada, nunca preguntas por qué ha venido?". La mujer replicó que nunca lo hacía y si tanto le molestaba que se diera por interrogado, ¡qué más da! "¿Sabes de un hombre llamado Mujica?". "¿Sí sé aquí? Sé. ¿Tú preguntas si lo soltarán? No, no creo. ¿Que cómo lo sé? ¿Es que no sabemos quién es quién aquí? y si un hombre coge llave para cerrar...". "Termina. ¿Lo crees? ¿Es la policía, Monona, con la gente y nosotros gustamos muy poco de semejante patraña!". Monona dejó a su cabeza para que contestara sí por ella y aquélla lo hizo misteriosamente. Walter manifestó estar interesado por todo cuanto se refiriera a aquél. Monona concluyó diciendo que los obreros del Central Azucarero salían como siempre, un hombre los empujó a que fueran montones sobre montones mientras los instaba con gritos a abandonar Bobures, pues venía para cerrar... era cuanto sabía: ni para allá no para acá. "¡Por tan poca cosa, sí! ¿Qué dicen ellos?". "Tenía una pistola; ¡gran arma! lo sabe usted y lo sé yo. No hay más que pensar: libre". "¿Por qué dices que está suelto?". "Por eso, por nada. Es extraño... sí, muy extraño; ¡pero es verdad que no lo sabes? ¡Si Bobures está en tus narices! ¡No hace ni dos días! Walter manifestó estar agobiado y su cabeza no estar cómo ni dónde debía;

agregó sentir haberla molestado pero las preguntas y su presencia estaban hechos para encontrarse con otra disposición. “¿Entonces piensas marcharte sin acostarte con tu pequeña, tierna, dulce Monona? Me he librado por fin de mí y el “usted” no impedirá ser la que pediste”. “¿Sabes que me olvidada? ¿Qué hago?”. “¿Qué hacemos? querrás decir: subir las escaleras, prender el aire acondicionado, cerrar y tirar el pasador, echarnos en la cama y pegarnos el aliento de los poros... Ya me siento como desnuda echada ahí en ese hueco, sin ayuda, esperando por tus manos, que sean ellas, tu cabeza no te respondería. ¿Y tú? olvida al hombre y sus llaves. ¿Subimos? Es temprano aquí donde somos como dueños”. “Vamos”. “Hueles a hamaca. ¿Tú te bañas?”. “Si te dijera que no me gusta?”. “Los italianos...”. “Es otro clima, no sudan. ¿Te gustan italianos?”. “Bañados con jabón lux. ¿Cuántas veces te bañas?”. “Dos. ¡Cómo tarda el agua en llegar a mi cuerpo y a los Haticos! ¿Será verdad?”. “¿Qué cosa?”. “Desnudos se vive sólo el mundo de la cama. Y nada olvidamos. ¿Lo quieres negar? Es cortico, caliente...”. “Tu cuerpo es duro y estás... bésame como si me golpearas con los nudillos o la mano abierta; así, así. Aplástame los labios y los tuyos necesarios retíralos mojados. Al decir tu nombre por sílabas y con saliva... es que tienes que marcharte pero vuelves; deja la puerta entreabierta; a las nalgas me las cubres con la sábana y como el que no quiere me besas o como si fueras la moneda helada en la nuca o los hombros; no olvides mi vaso de ginebra, Botero lo sirve bien frío, bastante limón, poca soda”. “Si vas al hotel nos vemos; tengo que vérmelas allí con un teniente; son las nueve pasadas”. “¡Walter! espera. ¿Tú fuiste siempre así?”. “Así lo creo”. “¿Verdad que tú no te casarías con otro hombre?”. “¿Qué sé yo! ¿y qué? “Si no puedo ir, te llamaré por teléfono; espero que respondas a lo que me pregunto; ¿estás de acuerdo? di sí; ¿lo sabrás en una o dos horas?”. “Dijiste me lo he preguntado. Adiós”. Walter después musitó que estaba arrepentido y que cuanto podía informar Monona se lo preguntaría a sí mismo sin esperar respuestas convincentes. Agregó a renglón seguido que le dolía la cabeza y que no se debía sino a que el cuerpo entumecido por el calor del alcohol se indigestaba con la descarga del espasmo y el coito. Bostezó con letras largas y gruesas de frases ininteligibles, preguntándose por qué se le había antojado el irse a dormir. “¿Hay un hombre en el pasado a quien se le encomiendan los trabajos actuales? No es el Walter mononiano el hombre de la hora; ¿y por qué no?, vacío de todas las conjeturas y del olor a pinolín de ese cuarto. ¿No es ésta la manzana que me indicó Botero? Aquí estoy, vivo y sin haber caminado”. Que lo consig-naban los usos de toda una colectividad. Que los conflictos internos, como le hubiera dicho el mendigo-policía, son

transportes urbanos, y lo trasladaban abiertamente y sin importarles nada porque saben que nada tiene que decir aparte de que todo será mentira cuando lo escuche el teniente. “¿Es que existo sólo para que se me crean las verdades? ¿Por dónde empezarlas? Son frescas. Y sólo suposiciones mías que un hombre que trató de condenar la ciudad... está siendo ajusticiado... ¿qué sé yo a quién ajusticia el ejército, a quién no!” Que si el otro lo creía un listo, tendería a increparlo y uno y otra mentira, pondrían en su contra al teniente y a los demás, no ciudadanos particulares precisamente ni dispuestos en ningún momento a tolerar el abuso del tú con su oficial. “Seguramente es aquí donde Buenaventura es fuerte con mi hermano. No. Fue que se los oyó; eso sí. ¿No podría obtenerlo valiéndome igualmente del procedimiento pero esperando un proceso, el tiempo y muchas argucias que por no conocer son menos que recomendables? Posiblemente el teniente cuenta los juicios militares a los mendigos que no tienen sino posibilidad de divulgarlos; ¿y si Walter, hombre primitivo y arrogante, fuera su mendigo favorito?”. Que presentía que el otro quería discutir el cetro de la fuerza; que a todos los tenía en su puño y aspiraba a espachurrarlos de manera que ellos chillen y se arrepientan de haberlo enfrentado; ese es el error; sólo él, Walter, valía porque no inventa, porque estaba ajeno y lejos de sorber la cerveza que no es whisky, lógico; que estaba como azorado, inquieto, el ser arisco, hombre de mundo hostil, un punto de la discordia; que el obsequio de cerveza, por más que el hombre fuera un teniente, no lo conseguiría con él. “Sí. Le intereso porque desprecio su invitación a jugar una partida de un juego que no conozco y no juego por falta de dinero”. Que a sus indirectas contestaría con una sonrisa de cochino glotón; que el teniente estaba borracho y él no toma lo suficiente; “En fin, espera que no me cuide de mis modales y meta la pata. Si así es, caeré bastante pesado y aburrido”. Que debía hacerse de una idea de cómo son los tenientes (¿delgados y patilludos, pelo abundante, muy ágiles y despiertos, multiplican con facilidad, nunca se irritan, charlan con lentitud lo que dominan y ganan antes de terminar toda contienda; siempre llevan en sus bolsillos jugosas anécdotas de la academia pero ninguna de sus campañas: las medallas y los galones están ahí por su ociosidad encuartelada o por la ociosidad en cumplimiento del deber. ¿Sus gustos? la gorra, el uniforme y el poder; no saben cuántas veces han vencido pero tienen seguridad con respecto al poder que nunca pierde ni los pierde. “¿No es esto lo que necesitamos? Sí. Eso. Sus fuerzas. Pero ¿no es una bomba de tiempo en las manos de un loco? Esas fuerzas no se usan para convencer y no estoy en disposición de conquistar. Mujica, yo no seré más audaz y rápido que el juicio que te siguen y lo que hoy comenzamos con este

posible teniente es apenas mi proceso para averiguar y no para librarte de esas garras; ¿quién en Venezuela se escapa teniendo encima delito como el tuyo? Tú me preguntarás por qué para averiguar y yo te respondo no porque me apiade de tu situación ni porque quiero ser copartícipe de tu aflicción, sino porque me intriga la causa, son muchas las horas que me he preguntado lo que hiciste". Que si su hermano creía que al cerrar la industria de la que se vivía en Bobures, se debía cerrar ella e instar a toda la población a abandonarla y cerrar definitivamente la ciudad. "Si te digo que voy a la boca de un proceso embarazoso, es porque haré una amistad que nunca me agradó, al precio que el teniente quiera, incondicionalmente bajo su voluntad, pues he llegado a la conclusión de que hiciste algo así como ofender a un gobernador o asesinar a un militar. Cuando me dijeron Bobures, me asombré, pues yo te hacía en la capital, ¿no fue así que lo dijiste y que tenías no sé qué cosa que conversar con un empresario de Caracas? No tengo ni para empezar. Imagínatelo, supóntelo. Es de hombre lo que te hago, ¿oíste? Tú me sabes como si me tuvieras poniendo en prueba, y me gusta a lo que me sabe. Me sentiría mal, muy a disgusto, si vuelvo a vérmelas con un cara dura, copia de ese taruguito. Lo de él es paredón, amigo, paredón. ¡Sea lo que sea! Hotel y teniente también tienen sabor en mi cabeza. Verdad. No sé empezar; hombre nervioso soy, de que lo soy lo soy, ¡nada! lo soy. Estos veinticinco bolívares que de nada hubieran servido, atacarán la cerveza por unas dos horas. Di si tenéis otra cosa que hacer en mi país y en mis bolsillos. Ya sé dónde dar contigo, teniente. Dan resultados los mesoneros, así lo creo. ¡Ahora falta que mañana cuando vuelva tenga en mis bolsillos los veinte bolívares! Así de este tamaño los llevo siempre conmigo. No les debe costar mucho vérmelos. ¿Monona viene? Con el telefonazo no la podré justificar como con su persona. Sin embargo, ese teniente es capaz hasta de asaltarme a Monona. ¿Si se la cambiara por Mujica? Me engañará. Pero podría introducirme en sus debilidades vendiéndosela... (precio de loca, mi teniente). Dígame sin pena su oferta tope. ¡Nada he oído igual! ¡Yo pido por Monona! El precio es alto, teniente. Negándose alegrará que abuso o que pierdo. Es de avispa su talle, teniente, y los óvalos de sus senos... Espero, eso sí, que Monona después de vendida siga como el producto ajeno y no me venga a cometer la torpeza de procurarse un querido en el Kelloggs. Soy de los que van a la boda de maricas, según ella. No les allanarán... supongo. No está conmigo el estilete, así que sólo sabré del tiempo por lo que capte de hombres y mujeres.

Walter dijo buscar al teniente... y éste rogó a Molina, el portero, que dejara pasar al que quería. Y después, cuatro

minutos, que Dírimo Almarza complace y en todo. Walter concluyó diciendo que no sabía, con precisión, el nombre del que buscaba pero en vista de que se le había adelantado presentándose... El teniente Almarza lo invitó a sentarse y Walter musitó estar bien así. El teniente mascullo que cuando él invitaba era porque había descubierto a un hombre y de cuanto era capaz, su sitio tenía que estar en la mesa, en familiaridad con las botellas, ¡nada! y sin desdeñarlas. Walter inquirió si no sospechaba el por qué de su visita cuando Molina y el barman no habían visto nunca hombre como él por allí. "Aunque no me interesa en absoluto, su problema es político y no me diga que usted es un cómplice de ese loco imbécil...". "No lo soy, teniente Almarza". "Pero la señorita que llamó lo dijo, muy gentil, y que usted venía para hablarme, ¿no es así?". Walter pensó que a unos ocho kilómetros a la redonda se le metía la pata. Luego tartamudeó que hacía unos tres días había oído hablar de una campaña en el occidente... "Usted se refiere a la campaña filantrópica del ejército del occidente, así nos llamamos". "¡Esto se llama tener el pie firme, Mujica, ¿no lo oiste?". "¿Deseaba conocernos y...? ¿Qué me dice de la boda? ¿Oyó de ella?". Walter murmuró que la señorita que lo había llamado por teléfono y el mesero del hotel Kelloggs... "No es de extrañar, señor Walter; ¿no cree usted que estamos más escandalosos que el guerrillero que bajó a cerrar una ciudad en el otro lado del lago?". Que él sabía que es un hecho insólito en Maracaibo, pero ¿cómo harían para una colecta? Eran católicos, masones, evangélicos, protestantes, pero creían en Dios; que no pretendían sembrar una idea para que después otros cuenten hechos de iconoclastas; "por qué dividir el dinero de la campaña y para qué esas cajitas de fósforos con: "dinero limpio", "dinero manchado", "dinero delicado", "dinero para los pobres", "dinero para la escuela tal? no; el dinero es uno y el hecho es uno"; Dijo que aprovecharían, eso sí, la embriaguez, ¿para qué más? Que conocía muy bien, y no desde ahora, a Tinedo y a Mike; y como muchos otros, que no hacen daño, cumplían ciudadanamente. "En nuestra institución castrense sería poco menos que patriótico, corrupto, si se quiere; y puede que en los padres que componen... pero no es para alarmarse; ¿conoce al padre Duarte? Ha dicho, y el padre Leopoldo lo oye, que él sólo tiene ojos para contemplar un entusiasmo en aquellos que se meten, pasados dos días, debajo de un chorro de agua, dispuestos a probarse unos pantalones y calarse unos zapatos de 25 bolívares después de tirar los remendados. Es duro esto, ¿verdad que lo es? Sepa que lo he reptido en varias personas prejuiciadas sintiéndome que estoy desencantado en mi país que no quiere aceptar bajo ningún respecto el siglo veinte, que no lo asimila ni a sus elasticidades ni a sus transformaciones cósmicas. ¿Vendrá a

ia boda de Tinedo y Mike?”. Que si Walter era uno de ellos, gustaría conocer aquellos miembros, su formación, su disciplina, su armonía, el desinterés y la moralidad, la independencia, la libertad intelectual y humanística de todos, el patriotismo. . . “¿Qué van a decir estos puritanos, fanáticos incorruptibles, hechos de una sola pieza austera, cuando presentemos públicamente el espectáculo del desagravio venezolano: un hombre maniatado en la plaza Baralt, uno de los tantos criminales de montaña, por ejemplo, que nada deben a Dios ni al país, después de haber vendido sus conciencias al demonio?”. Walter preguntó para saber si un hombre bajo la custodia de los Tribunales. . . y el teniente Almarza objetó que él, un veterano de las montañas, no se arriesgaba a decir que el pobre diablo de Mujica fuera un ex-guerrillero; concluyó diciendo que siempre había oportunidad para capturar uno, pues en opinión suya, todos estaban financiados y estimulados desde el extranjero y pasaría mucho tiempo para exterminarlos. “¿Cómo se llama la señorita que me preguntó si estaba usted conversando conmigo? ¿Es joven? Cuando charlo y es una jovencita la que conmigo charla, casi siempre me gano el día que nos citaremos; créame. No podría soportar el volverle hablar sin saber nada de su rostro. ¿Tiene el talle alto o bajo? El talle es imprescindible, amigo Walter, ¿sabe usted?”. Que podía ser una gorda, bajita, delgada, altísima, pero buscando siempre su salvación en el talle, en el núcleo distribuidor, a donde llegan todas las miradas para repartirse por las piernas, los hombros, la cabeza, el caminar, las cosas íntimas, el ritmo de los brazos y el dominio del suelo que pisa. “Sabe mucho de la chica que le gusta”. “No me ha comprendido; conozco todos los cuerpos con faldas”. “¿Hay todavía algunas pruebas. . .? Es decir, . . .contaba con que usted me hiciera firmar ficha y después. . .”. “Aunque quisiera no podría firmar nada: no tenemos escritas obligaciones con nosotros mismos y contamos sólo como contribuyentes; así que sólo tiene que dar su nombre al padre Leopoldo en la Catedral, él está de responsable asignado por nosotros. ¿Lo conoce?”. “¿Con quién más cuentan? Si se puede saber. . .”. Venían, y para Walter, montecristianamente vestidos, en fila de dos y tres, con sus manos en el sitio donde él dio la suya a Buenaventura, muy lo que eran, policías; así el testigo digepol entregaba al ptj que a su vez mandaba para escribientes de la civil, pasando por el consejovenazolano del niño y policía con mujeres. En cuanto a las ligas: voluntarios para la comunidad, boyascaos, leones, fiscales del Ministerio de Hacienda e inspectores del impuesto sobre rentas; director de seccionales de rentas de licores; sacerdotes católicos, pastor evangélico, espiritistas, hermano masón; profesores de la Universidad del Zulia, políticos, actores de televisión y locutores de radio. Alguno que otro teniente

y otra larga lista que empezaba en una compañía petrolera y terminaba en un sindicato; una tercera lista con encabezamiento del presidente de la república, enviado especial, lógicamente. “¿Me escucha usted, señor Walter? Hay otros más, pero para qué aburrirlo”. Walter: que si verdaderamente creía que no lo fastidiaba. “He aquí el hombre que nos faltaba, el don nadie, representación genuina del país y la calle. Se ve que respiramos autoridad, responsabilidad, ¿verdad? Walter se dijo que era hora de usar las dos letricas de los amigos de su amigo. “¡Con que gusto los metería en la cámara de gas!”. “No todos asisten, ¿sabe usted? y descansan en la seguridad de que sus contribuciones están en buenas e idóneas manos. Sepa que unos se valen de otros y las hacen llegar; son gente ocupadas; están justificadas sus ausencias; ¿qué me dice de usted?”. “Soy comerciante”. “Entiendo. De todas formas, poseemos datos como nombres, cédula, edad, oficio, dirección, etcétera, que nos facilitará — a pesar de que a muchos no los conocemos personalmente — el arduo trabajo de los carnet. ¿Plaza del interior es lo suyo? Mercado fresco”. “¿Sabe usted los nombres de detectives? Conozco muchos y espero...”. “Sí, sí: está usted contento no con nosotros sino con que ellos nos acompañen, así podrá preguntar abiertamente lo que yo no le he revelado y sin que lo llamen al orden por una sospecha por intruso. Pero sépalo bien: todo cuanto pueden decir esos sabuesos, lo sé y no se lo he ocultado, salvo algunas cositas insignificantes que no serían de importancia ni siquiera para el mismo Mujica. No crea que no sé con qué propósito vino a nosotros; ¿sabía que él — aunque sea de su incumbencia únicamente — es de peligro? No. Me ha caído simpático y lo he aceptado como socio, ¿qué le parece? Ahora bebamos. Voy a traer a mi cabeza los hombres temibles de Venezuela. ¿Qué toma, cerveza o whisky? Piense que a mí no me cuesta nada el whisky. No se equivoca. Pero yo estoy menos afectado, más curado de las epidemias extrañas; me gusta la cerveza, me emborracho con ella y me sienta bien: nos llevamos de maravillas; y aunque digan que tengo grillos en la cabeza y soy el pendejo regionalista, que sólo he aprendido a ser patriotero... ¡Dos cervezas, Joaquín! ¿Cuál es la suya?”. “Me da lo mismo”. “Las más frías, Joaquín”. ¡Este sí es un buen hombre! ¡Qué pobre diablo con siete hijos y apenas unos míseros 15 bolívares! ¡Contra esos es que deben estar, contra los explotadores extranjeros y no contra un oficial del ejército venezolano! ¡Patriotero yo! ¡Hijos de puta! ¡Generación parasitaria!”. “¿Es usted caraqueño?”. Me gradué en la Academia de Puerto Rico”. “Es un ruin y presumido. ¡Que no te vea venir por el camino y en el convoy el día que me toque, si me toca, ser guerrillero, porque te lleno esa bocota de mierda! Debo reflexionar: es un pobre bicho, está borracho y se envalen-

tona; en la casa se le acaba la cuerda y la mujer — no creo que tenga — le para en seco. Nunca ha tenido más de una y sin embargo dice que está acabando con todos los virgos de Maracaibo. ¡Cmo se reiría Monona de mí si se echo este insecto en la cama para que le pique las nalgas! Babeando y subiéndosele le pediría que lo durmiera con la teta en la boca como lo dormía su madrastra o su aya. ¡Qué no hará acabando! ¡Hasta llorará! ¡Pero si hasta le late la manzana como una pepa loca, es asmático! Debe ser la muerte desnudo; cruzado de brazo no es sino la escalera con un solo peldaño y vestido con ropa de paisano, unos pantalones que llevan de la mano a una camisa mao. ¡Das asco y pena, teniente Dírimo Almarza! ¡Pensaste que me habías conquistado para tu Sociedad de vívoras! ¡Cómo te has equivocado o cómo me he equivocado contigo! Pero no hay que alterarse: un filántropo conserva su sangre fría aun en aquellos días aciagos en que su carácter amanece áspero y sombrío y la deficiencia hepática sigue tan campante. Ahora debo hacerte ver que me duele dejarte y es necesario que así sea, ya que tengo — ¡qué mentira se va a tragar! — asuntos urgentes que cumplir. Monona se debe esconder, sólo por esta noche, en los sobacos de cualquier cabrón. No quiero que este imbécil la coja por teléfono y menos cuando no estoy. Más tarde podría dictarle una carta y esperar sentado con Monona, sólo los dos, en la cama... leeríamos juntos... ¿qué te parece el Barba Azul, Monona? Pero será después, ahora quiero encontrarme solo y lejos de aquí; me tomaré lo que me queda pero en una taguara donde sea, cerveza, a realito y no estén estos hombres disciplinados y fastidiosos. ¿Cómo le diré? Adiós sueña como amistoso, pero nos vemos es servil. Diré hasta luego y que lo tome así o asá; él me respeta y yo lo odio, yo lo necesito y él me busca una trampa; ¡estás muy chiquito para eso, ratón de cuartel!". "¿Qué le sucede?, se ha quedado usted mudo tan de pronto; es la cerveza seguramente". Walter le respondió que le daba muchas ganas de orinar y cuando así sucedía era que no podía con ella: una acidez subía por la tráquea y se le quedaba en el hueco de la garganta molestándole con un escozor agrio e intolerable. El teniente Almarza bostezó para indicar, con palabras roncacas, que una mujer, muy ardiente, lo había hecho beber, ayer, licores mezclados con el propósito de jugar y congraciarse y que si el otro no tenía inconvenientes él y su auto lo llevaban. Walter meneó la cabeza y movió los labios y el teniente oyó que Walter aceptaba echarse en el carro. "¿Cuál es su auto?". "Salga a la calle, camine como si fuera a darle la vuelta al hotel, frente a un vendedor de perros calientes está un mercedes verde con una cortina atrás y una placa de las Fuerzas Armadas, no lo busque por el color ni la marca, busque la plaquita de plomo".

Walter preguntó por qué se sabía cuando un ladrón de autos quería forzar la puerta del chofer. "Ja, ja. ¡Qué excéntrico eres! ¡Tú un ladrón de autos!". "Ahora me tutea. Sabe que tengo ese aspecto; quizás envió al vigilante del estacionamiento a espiar. Se burla mío. ¡Si pudiera sacudírmelo! Le diré que he llegado, que esa casa de la esquina con ventanas de vidrio y jardín... daré una vuelta pretextando entrar por la puerta del fondo, fingiré que está cerrada y me regreso al frente, tocaré, diré que soy vendedor de mantequilla, que voy a dejarles dos vasos como muestra, que si no les gusta... Es la salida". "Está hablando usted solo, señor Walter. Así como que somos todos; lo mío es en el excusado y casi siempre con una revista o un periódico; ¡ni el morocho se ha librado de mis nocaos". "Aquí me bajo. ¿Es para arriba o para abajo?". "¿Qué cinco, teniente Almarza. He tenido sumo placer". "Igualcosa, Walter?". "La puerta Esa es mi esquina, la de piedras pulidas". "Me da su mano, Walter?". Choquemos las mentes. Espero que nos veamos. Adiós".

Walter se dijo que debía volver con Buenaventura y hablar con el padre Leopoldo para que lo considerara nuevo contribuyente. Que no sabía dónde se encontraba y tampoco si podía llegar caminando a la catedral. "Entraré en esa gasolinera y llamaré a Douglas al hotel Bolon; espero encontrarlo, aunque dudo mucho por lo avanzado de la hora; él sólo trabaja hasta las diez y son casi las once. ¡Cuánto diera por esa burbujeante vocecilla! Dije que terminaría mi noche en un bar de mala muerte, como diría el teniente Almarza, pero prefiero la prudencia; necesito de un hombre-mapa acerca de la ciudad y sólo para eso molestaré a este buen hombre. Parece el Joaquín que ya me impresionó y quizás más pobre y humilde: son las once y todavía mete gasolina en la boca de esos bichos; no debe tener las prerrogativas de Joaquín, pero no parece tan padre de familia; ojalá y yo sea para él lo que ya es para mí; tengo debilidad por estos hombres y por el país entero, naturalmente, pese a que no conozco los oficios de los obreros, de los campesinos. Espero que me diga, como todo viejo, su nombre sin preguntarlo. Si fuera un Douglas le podría regalar nombres tras nombres. Me gustará, sin duda, el que me dé. Le diré viejo al empezar y luego buen viejo: será suficiente". El señor no oyó todo lo que debía y replicó preguntando si Walter se dirigía a él o si sólo murmuraba para sí. Walter le rogó tener la amabilidad de darle prestado el teléfono y el viejo, llamado Ireneo, exclamó que no tenía inconveniente siempre que le diera medio real. Walter concluyó diciendo que se iba a despojar de la camisa para que él, Ireneo, tomara todo el menudo de los bolsillos. Ireneo le repuso que no hacía falta que se la quitara y que si quería... El recién llegado lo invitó

a perder ese cuidado, diciendo, por último, que hacía unos minutos que lo había conocido y ya lo quería como un padre o un hermano. Ireneo le agradeció los tres bolívars y le deseó suerte rogándole que volviera por la gasolinera.